

Hábitat metafórico. Consecuencias epistemológicas de los planteamientos de Lakoff y Johnson en Metáforas de la vida cotidiana

Deborah Rodríguez R

Universidad de Navarra, España
Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela

Resumen

Tradicionalmente, la metáfora se ha entendido como un elemento únicamente lingüístico cuya relación con el pensamiento o la acción es casi inexistente. Lakoff y Johnson, en su libro *Metáforas de la vida cotidiana*, pretenden rescatar esta noción, redefiniéndola como un elemento central dentro del proceso de comprensión. Partiendo del relativismo lingüístico, estos autores buscan demostrar cómo la percepción y el lenguaje establecen una mutua relación, donde la metáfora es generadora de conocimiento, de comportamiento y de verdad.

Palabras clave: Metáfora, epistemología, lenguaje, cuerpo, percepción.

Metaphorical habitat Epistemological consequences of Lakoff and Johnson's claims in Metaphors we live by.

Abstract

In the history of philosophy, metaphor has been a linguistic element whose relationship with human thinking or human action was non-existent. Lakoff and Johnson, in their book *Metaphor we live by*, want to redefine this concept like a central element in comprehension process. They start in the linguistic relativism theory for demonstrate how perception and language have a narrow relation and how the metaphor is a important element in thinking, actions a searching of truth.

Keywords: Metaphor, epistemology, language, body, perception

1.- Introducción

Tradicionalmente se ha entendido la metáfora como una figura meramente literaria, un elemento estético de la lengua, que poca o ninguna injerencia tiene en la vida cotidiana de los hablantes. Es esta idea la que Lakoff y Johnson tratan de desmitificar, alegando que la comprensión de la metáfora no es un elemento accesorio, sino una muestra de las estructuras conceptuales y perceptivas de los seres humanos. Para estos autores, el concepto clásico ignora como muchas nociones carecen de una definición “limpia” de sus metáforas o de cómo las relaciones metafóricas establecen referencias y patrones de comportamiento sociales.

El lenguaje, entendido como lo hace Wittgenstein en las *Investigaciones Filosóficas*, exige renunciar a su definición como glosario de realidades preexistentes, al espejo isomórfico de los primeros analíticos. El lenguaje es entendido dentro de unas prácticas y contextos que lo constituyen y que, a su vez, es capaz de modificar la relación del hablante con el entorno. Solo entonces es posible considerar el impacto que la metáfora tiene en la formación de las relaciones de los hablantes con el mundo, estableciendo un entramado conceptual y definitorio que da sentido a sus prácticas. A través del tamiz de la metáfora definida por Lakoff y Johnson se observan las relaciones con las cuales los hablantes se hacen con su realidad, considerándose entonces como un factor epistémico y constitutivo.

El texto se divide en cinco partes, incluyendo esta breve introducción: (2) La metáfora definida por Lakoff y Johnson; (3) Relación entre el cuerpo y el lenguaje; (4) La metáfora epistémica; y (5) Conclusiones.

2.- La metáfora definida por Lakoff y Johnson

Benjamín Lee Whorf, en su libro *Lenguaje, pensamiento y realidad*, definió el principio de relatividad lingüística. Con esto, Whorf afirmó que las personas que utilizan gramáticas acusadamente diferentes se ven dirigidas por sus respectivas gramáticas hacia tipos diferentes de observación y hacia evaluaciones diferentes de actos de observación externamente similares; por lo tanto, no son

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

equivalentes como observadores, sino que tienen que llegar a algunos puntos de vista diferentes sobre el mundo¹.

Esta versión dura del relativismo lingüístico ha sido criticada ampliamente por los lectores y detractores de Whorf y sus seguidores. Al seguir esta línea de pensamiento, es necesario negar ciertas actividades humanas que ponen en relación distintos idiomas. “Si cada lengua representa un modo de pensar inconmensurable con los demás, entonces la traducción no será más que una quimera”². Igualmente, no sería posible aprender nuevas lenguas: realidades incomparables no tendrían forma de equiparar los términos con los que se refieren a los hechos del mundo y por lo tanto los hablantes estarían condenados a ser monolingües. Otra crítica está dada por la condición alienante que tendría el lenguaje, donde los hablantes estarían determinados por la adquisición de sus normas. Explica Antonio Blanco Sanguero, en su libro *La relatividad lingüística (variaciones filosóficas)*, que inclusive al considerar el impacto del lenguaje, es razonable conceder un margen de flexibilidad al pensamiento individual, donde el condicionamiento de la lengua nativa no sea absolutamente restrictivo³.

Para el relativismo lingüístico, el lenguaje se convierte en un factor que constriñe, de forma última y única, la percepción de la realidad. Desde el pensamiento de Whorf se descarta ciertas actividades humanas al mismo tiempo que margina la relación que el lenguaje tiene con la constitución fisiológica y las capacidades sensoriales. Ambos aspectos fueron rescatados por George Lakoff y Mark Johnson en su libro *Metáforas de la vida cotidiana*.

Para la mayoría de la gente, la metáfora es un recurso de la imaginación poética, y los ademanes retóricos, una cuestión de lenguaje extraordinario más que ordinario. Es más, la metáfora se contempla característicamente como un rasgo solo del lenguaje, cosa de palabras más que de pensamiento o acción. Por esta razón la mayoría de la gente piensa que puede arreglárselas perfectamente sin metáforas. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora, por el contrario, impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la

¹ Benjamin Lee Whorf: *Lenguaje, pensamiento y realidad*, trad. José Pomares, Barcelona, Barral, 1971, p. 250.

² Antonio Blanco: *La relatividad lingüística (variaciones filosóficas)*, Madrid, Akal, 2017, p. 32.

³ Cfr., *Ibid.*, p. 35.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica⁴.

Esta es la premisa central que Lakoff y Johnson sostienen a lo largo de su trabajo. Para estos autores, la metáfora funciona como elemento de enlace. Aquí, lenguaje y percepción se involucran y se complementan. La metáfora es el ejemplo por antonomasia de esta relación que arroja a las estructuras lingüísticas con las que los hablantes conocen y refieren su mundo.

A diferencia de Whorf, Lakoff y Johnson no postulan un determinismo inequívoco y completamente arbitrario por parte del lenguaje, pero mantienen la idea central sobre la articulación de los sistemas conceptuales sobre la percepción. Para estos autores, el mundo de los hablantes y el modo en el que se relacionan con él está en gran medida influenciado por el lenguaje. La comprensión del carácter constitutivo de la metáfora conjuga la dimensión corporal, social y lingüística fundantes en el proceso de conocer. “La metáfora es principalmente una manera de concebir una cosa en términos de otra, y su función primaria es la comprensión”⁵.

El principal obstáculo —expresado por Lakoff y Johnson— frente a esta concepción de la metáfora es la larga tradición que la mantiene como un elemento exclusivo del ámbito lingüístico. Desde la antigüedad, el término ha sido empleado por distinto filósofo para referirse a elementos discursivos o retóricos. La palabra “metáfora” (μεταφορά) ya era empleada por Platón como sinónimo de “transferencia” o “traducción”. Igualmente, en el vocabulario griego tampoco resultaba una palabra desconocida, pues se usaba para alegar un traslado de un lugar a otro (el propio Aristóteles llegó a usarla en este sentido en la *Física*)⁶.

Para Aristóteles, la metáfora —al igual que la analogía— media entre los dos extremos señalados por la univocidad y la equivocidad. De aquí que el Estagirita afirme que “una buena metáfora implica la percepción intuitiva de la semejanza de los desemejantes”⁷. Su comprensión de la metáfora se

⁴ George Lakoff y Mark Johnson: *Metáforas de la vida cotidiana*, trad. Carmen González, Madrid, Cátedra, 2017, p. 35.

⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁶ Cfr., Margarita Vega: *Aristóteles y la metáfora*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

⁷ Poet. 22,1459a8.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

refería a una asociación lingüística entre dos conceptos, donde uno de ellos refería a un punto de partida y el otro un punto de llegada. Para Aristóteles, “Aquiles, el león” es una asociación adjetiva que confiere al guerrero ciertas características de la fiera.

La mayor dificultad que se encuentra frente a la concepción griega de metáfora se presenta cuando la relación se establece entre conceptos abstractos o ideas que no refieren directamente a una experiencia sensorial. Una metáfora literaria como “cabellos de oro” se ajusta al concepto aristotélico, pues se toman las características de un dominio (el color y el brillo del oro) y se aplican a otro dominio (el cabello); pero metáforas como “la vida es un viaje”, “el amor es una magia” o “la argumentación es una guerra” se ven claramente truncadas por la dificultad de establecer cuáles características del concepto de “vida”, “amor” y “argumentación” preexisten a la metáfora que las define. Debido a esto, es necesario aclarar que la noción de metáfora empleada principalmente en los trabajos de la *Poética* y en la *Retórica* no es idéntica a la utilizada por las teorías contemporáneas. El carácter sustancialista del pensamiento de Aristóteles conduce a que las implicaciones de la metáfora remitan únicamente a los niveles del discurso y no a la producción de un conocimiento real. El razonamiento silogístico es otra característica detractora de la concepción contemporánea de metáfora, realzando el carácter fijo de los términos y de los objetos conocidos. De este modo, la metáfora queda restringida al ámbito de la expresión. La idea de metáfora se concentra en relaciones que, por transitividad, son capaces de conferir sentido a otras palabras.

Desde lo afirmado en *Metáforas de la vida cotidiana*, “la tesis es que tanto nuestro pensamiento como nuestras lenguas están atravesadas por miles de metáforas”⁸, que de igual modo representan el pilar fundamental del obrar y el razonar sobre aspectos que refieren al mundo sensorial. Es entonces necesario ampliar el concepto de metáfora, de tal manera que no queden excluidas las relaciones que aportan conocimiento: concebir la metáfora como *comprensión de una realidad* en términos de otra. La noción contemporánea de metáfora exige flexibilizar lo establecido por Aristóteles, de tal manera que la metáfora supere el ámbito de lo literario para conformar el conocimiento. De aquí que para varios conceptos su única definición posible sea en términos metafóricos.

⁸ Blanco, Antonio, *Op. Cit.*, p. 211.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

En 1980, cuando Lakoff y Johnson publicaron por primera vez su trabajo sobre la metáfora las clasificaron en tres grandes grupos principales. Las metáforas pueden ser (1) estructurales, (2) orientacionales y (3) ontológicas.

(1) Las metáforas estructurales son capaces de dar una constitución definida a nociones abstractas, entendiendo un concepto más difícil de aprehender en términos de otro con una experiencia sensorial directa. Igualmente, las metáforas estructurales son capaces de generar otras metáforas que partan de los aspectos compartidos en esta relación. La metáfora establece implícitamente una relación de igualdad entre algunos aspectos de lo asociado, por lo que esta relación puede, a su vez, generar nuevas relaciones ancladas en esta asociación. De esta manera, la metáfora “los argumentos son edificaciones” es capaz de dar sentido a otras expresiones como “ese argumento no *tiene bases*”, “sus argumentos son *sólidos*” o “su argumento *se derrumbó*”. El carácter metafórico de estas expresiones “derivadas” suele pasar desapercibido con mayor facilidad que las relaciones metafóricas “originarias”.

(2) La metáfora orientacional “organiza un sistema global de conceptos en función de otro”⁹ y la mayoría se relaciona con la orientación espacial. Aquí, la relación metafórica ya no se hace uno a uno, sino que se extrapola la relación entre dos conceptos (arriba-abajo) a un sistema de otros conceptos (feliz-triste). De esta manera se generan metáforas como “feliz es arriba”, donde la contraposición arriba-abajo se integra con la diferenciación feliz-triste y da como resultado expresiones como “*subir el ánimo*” o “*tener un bajón*”.

Este tipo de metáfora tiene una importante relación con la proporción y disposición corporal y sus bases experienciales. Lakoff y Johnson proponen el ilustrativo ejemplo de la metáfora “arriba es bueno” y su contraparte “abajo es malo”. De aquí que oraciones como “está *en la cima* de su carrera” o “*bajó* su posición” tengan sentido. Otro ejemplo propuesto por los autores es la metáfora “lo consciente es arriba; lo inconsciente es abajo” que se relaciona con la noción fisiológica de que la mayoría de los mamíferos se echan para dormir, mientras que permanecen erguidos durante la vigilia. De aquí se deriva el significado de expresiones como “está *bajo* hipnosis” o “la atención *está decayendo*”.

⁹ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 46.

En este sentido, es necesario aclarar que la relación entre el lenguaje y el cuerpo tampoco se presenta como absolutamente determinante. La existencia de metáforas universales, existentes en todas las lenguas como productor de la uniformidad fisiológica no es una afirmación que se corresponda con los trabajos de Lakoff y Johnson.

Para estos autores “estas orientaciones metafóricas no son arbitrarias, tienen una base en nuestra experiencia física y cultural”¹⁰. Resulta de suma importancia destacar la integración de la experiencia física y de la cultural en la constitución de metáforas orientacionales. Existe un sustrato fisiológico de las asociaciones que permite expresar relaciones como “delante-detrás” con respecto a la disposición de los órganos sensoriales humanos: resulta familiar asociar la noción de “avanzar” con “desplazarse hacia donde apunta el campo de visión”. Pero, aunado a esto, se encuentra el referente cultural capaz de establecer importantes diferenciaciones como, por ejemplo, la ubicación espacial del futuro. Para algunas culturas, el futuro está frente al sujeto y su pasado está detrás de él, mientras que para otras comunidades la noción es completamente inversa. Esto da cuenta de cómo —aunque todos los humanos poseen una constitución física tan parecida— los lenguajes y sistemas conceptuales pueden llegar a ser tan dispares. “Nuestra experiencia física y cultural proporciona muchos fundamentos posibles para metáforas espacializadoras. Cuáles son los elegidos y cuáles se convierten en los principales puede variar de una cultura a otra”¹¹.

(3) Las metáforas ontológicas confieren el carácter de sustancia u objeto a los conceptos abstractos, con el propósito de delimitarlos. Lakoff y Johnson afirman que “los proyectos humanos característicamente requieren que impongamos límites artificiales que conviertan en discretos a los fenómenos físicos, igual que lo somos nosotros: entidades limitadas por una superficie”¹². Con una metáfora ontológica, los hablantes son capaces de referirse, de cuantificar, de enumerar características y de establecer objetivos en función de conceptos que no refieren una sustancia. El ejemplo propuesto es “la inflación” en tanto puede hacerse uso de expresiones como “la inflación se hace presente en la vida diaria” (referencia), “hemos tenido más inflación que el año pasado” (cuantificación), “la

¹⁰ *Ibid.*, p. 46.

¹¹ *Ibid.*, p. 52.

¹² *Ibid.*, p. 58.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

inflación es un peligro para la economía del país” (características) o “es necesario combatir la inflación” (objetivos).

Lakoff y Johnson advierten que la metáfora ontológica puede ser excluida del conjunto de las metáforas por no aportar suficiente información. En este aspecto resulta importante señalar dos vertientes a favor de la metáfora ontológica: en primer lugar, los autores señalan que existen metáforas ontológicas que remiten a características definitorias del concepto referido. Así, “la mente es una máquina” no solo delimita y hace cuantificable la idea de la mente, sino que le aporta diferentes características operativas que dan sentido a expresiones como “estoy *oxidado*”, “hoy *no funciona* bien” o “voy a *perder el control*”¹³. Sobre esto, Arce Carrascoso señala que la aparición de las computadoras y la posibilidad de asociar su funcionamiento con la forma como operan los procesos de la mente hizo posible una clarificación y mayor comprensión dentro del estudio de los procesos mentales. “De esta manera, el problema del conocimiento pasaría a ser tratado de un modo más riguroso y con más posibilidad de encontrar respuestas adecuadas”¹⁴.

Por otro lado, la metáfora ontológica es capaz de dar cuenta de la posibilidad de una idea, sienta tratada como una sustancia. La propia constitución de un referente para un nombre exige la asociación metafórica de ideas y experiencias que establezcan unos límites que lo constituyan. La flexibilidad de la metáfora da cuenta de la capacidad de los conceptos para cambiar en el tiempo y de dar nuevas interpretaciones.

Lo que nosotros y otros investigadores hallamos fue que nuestras ideas más fundamentales —no solo la de tiempo, sino la de acontecimiento, causación, moralidad, el yo, etc.— estaban casi en su totalidad estructuradas por elaborados sistemas de metáforas conceptuales. Incluso los conceptos de básicos de causación empleados en las ciencias físicas y sociales están constituidos primariamente por un sistema de cerca de dos docenas de metáforas distintas, cada una con su propia lógica causal¹⁵.

¹³ Cfr., *Ibid.*, p. 58

¹⁴ José Luís Arce: *Teoría del conocimiento: sujeto, lenguaje, mundo*, Madrid, Síntesis, 1999, p. 58.

¹⁵ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 277.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

De forma consecuente, la relación que establece una metáfora puede engendrar un entramado de metáforas fundamentadas en las características compartidas por la relación originaria. Si se retoma el ejemplo “el tiempo es dinero” podrá enunciarse una sucesión de expresiones metafóricas que de ella se desprenden. Así: “perder el tiempo”, “invertir el tiempo”, “gastar el tiempo”, “ahorrar tiempo” ... Las características atribuidas al dinero —ser un objeto valioso, limitado y deseable— son heredadas y asimiladas por el concepto de “tiempo”, convirtiéndose así en un objeto valioso, limitado y deseable. “Estas operaciones configuran un mapa de la actividad pensamiento/habla, creando unas relaciones y unos conceptos que no existirían de no ser por estas metáforas”¹⁶. Esto es lo que Lakoff y Johnson llaman “sistematicidad de los conceptos metafóricos”¹⁷.

A pesar de esta división de la metáfora, Lakoff y Johnson corrigieron, en el epílogo para la edición del 2003 de *Metáforas de la vida cotidiana*, que todas las metáforas son estructurales y ontológicas, y muchas de ellas son orientacionales. Los autores admiten que la clasificación era artificiosa, el producto de una primera aproximación a la metáfora, pero que ignora algunos aspectos que fueron estudiados posteriormente. En el epílogo se señala que toda metáfora confiere correspondencias estructurales y crea unidades de dominio de destino, por lo que todas son estructurales y ontológicas. Es decir, la clasificación, aunque lícita, amerita comprenderse de forma holística y no como una verdadera segmentación mutuamente excluyente entre categorías. Esta corrección viene dada por la mayor comprensión de la metáfora primaria¹⁸.

3.- Relación entre el cuerpo y el lenguaje

Entre los elementos distintivos de la teoría de Lakoff y Johnson destaca el ya comentado rescate de los elementos fisiológicos y ambientales dentro de la constitución de un lenguaje. *Metáforas de la vida cotidiana* se presenta como un punto medio entre las dos posturas enfrentadas en el diálogo del Cratilo, donde se entiende el lenguaje como un elemento social y humano, pero sin descartar una génesis influenciada por los aspectos naturales. Así se estrecha la conexión existente entre los

¹⁶ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 14.

¹⁷ Cfr., Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*

¹⁸ Cfr., Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

esquemas lingüísticos y la relación de los hablantes con el mundo. De aquí que “la metáfora emerge de nuestras experiencias concretas y claramente delineadas, y nos permiten construir conceptos altamente abstractos y elaborados”¹⁹.

El origen del lenguaje ha suscitado (y suscita actualmente) grandes debates tanto en el campo de la biología como de la antropología y la filosofía. Las primeras teorías concebían al lenguaje como la forma expresiva de un pensamiento preexistente, luego se formularon teorías sobre el carácter meramente convencional del lenguaje como una expresión cultural y, finalmente se entendió como vehículo del pensamiento donde ambos elementos (lenguaje y pensamiento) se constituían de manera recíproca. En cualquier caso, subyace la pregunta por la relación entre el pensamiento y el mundo físico que rodea al sujeto pensante. En el ámbito de la filosofía de la mente, se estudian tanto la postura internista como la externista que establece sus premisas desde ambos polos.

Lakoff y Johnson aseguran que el cuerpo humano es parte esencial de nuestro pensamiento y que, por tanto, es necesario estudiarlo teniendo en cuenta sus propias características. De aquí que las referencias y formas de organización del lenguaje vienen dadas por la forma como está constituido el cuerpo humano y sus facultades. Para Merleau-Ponty también existe una importante implicación de las características corporales en el desarrollo del lenguaje. Tomando como punto de partida la experiencia del arte, específicamente la pintura, el autor lo expresa diciendo: “No hay visión sin pensamiento. Pero no *basta* con pensar para ver, la visión es un pensamiento condicionado, nace ‘con ocasión’ de lo que aparece en el cuerpo”²⁰. En *Metáforas de la vida cotidiana*, Lakoff y Johnson hablan de las nociones de orientación espacial y aseguran que “surgen del hecho de que tenemos cuerpos de un tipo determinado y que funcionan como funciona nuestro medio físico”²¹. Con esto no se pretende desplazar las afirmaciones sobre cómo las estructuras del lenguaje son capaces de organizar la percepción de la realidad, pero es evidente el efecto que los factores fisiológicos que derivan de la constitución del cuerpo.

¹⁹ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 139.

²⁰ Maurice Merleau-Ponty: *El ojo y el espíritu*, trad. Alejandro del Río Herrmann, Madrid, Trotta, 2da edición, 2013 (1977), p. 42.

²¹ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 46.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

Como ya se hizo explícito, para estos autores muchas de las referencias y conceptualizaciones metafóricas se corresponden con la forma y proporciones del cuerpo humano. Johnson asegura que “satisface hablar del contenido conceptual/proposicional de una expresión, *pero únicamente en tanto seamos conscientes de que dicho contenido proposicional solo es posible en virtud de una compleja red de estructuras esquemáticas no proposicionales que surgen de nuestra experiencia corporal*”²².

Partiendo de las percepciones fisiológicas primarias, el lenguaje organiza y confiere significado a los estímulos sensoriales. A diferencias de lo establecido por Whorf —heredando esto del pensamiento de Hume—, estas percepciones no se entienden como un caleidoscopio errático de estímulos, sino como una aproximación sensorial al mundo, determinado por las características físicas propias de la especie humana. “La sensación y la percepción son también, a su nivel, formales. Por importante que sea la función objetivadora y formalizadora del lenguaje es preciso reconocer que no toda forma es lingüística”²³. De aquí que sea lícito hablar de experiencias comunes entre todos los miembros de una especie, aun cuando se reconozcan diferencias lingüísticas entre ellos.

Para los autores existen ciertas metáforas primarias conceptuales que se aprenden inconscientemente durante la infancia, durante el proceso de conocer el mundo a través de las capacidades sensitivas del cuerpo y el cerebro humanos²⁴. Al igual que los demás elementos del lenguaje, las aproximaciones sensibles al mundo proporcionan un primer sustrato para que se originen las metáforas. Para estos autores, el pensamiento metafórico es inherente al ser humano, por lo que las relaciones se establecen de forma inconsciente en medio de la experiencia como miembros de una comunidad de habla. Las asociaciones metafóricas no son formas opcionales de pensar sino estructuras desarrolladas por la cópula cuerpo-cultura, constitutivas del pensamiento mismo.

Blanco Salgueiro, en su ya mencionado libro²⁵, trata un ejemplo especialmente ilustrativo que se relaciona con la orientación espacial. Los lenguajes son capaces de establecer marcos de referencia conceptual que permiten a los hablantes establecer las relaciones de posición. Un marco absoluto dominante (como en el guugu yimithirr de los aborígenes australianos) tiene como referencia

²² Mark Johnson: *El cuerpo en la mente*, trad. Horacio González, Madrid, Debate, 1991, p. 54.

²³ Francisco Conesa y Jaime Nubiola: *Filosofía del lenguaje*, Barcelona, Herder, 1999, p. 92.

²⁴ Cfr. G. Lakoff y M. Johnson: *Op. Cit.*, p. 284.

²⁵ Cfr., Blanco, Antonio, *Op. Cit.*

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

elementos del entorno. Así, los objetos no están a la derecha o a la izquierda sino, por ejemplo, río arriba o río abajo. Por otro lado, un marco relativo tiende a tomar como referencia las propiedades del *ego* hablante. Aquí se establecen relaciones como “arriba” o “adelante”.

Levinson cree que ‘la naturaleza intrínseca de la organización espacial y nuestras propias habilidades perceptivas y cognitivas subdeterminan grandemente las soluciones al problema de la concepción y descripción del espacio. (...) no hay nada en el mundo o en la mente que haga un concepto como ‘en frente de’ natural o ‘esencial’²⁶.

De este modo, todo el fundamento de la historia de Carroll donde se sostiene como algo evidente que Alicia llega a un mundo “al revés” al atravesar un espejo solo es posible en tanto la protagonista es un hablante del inglés.

La actividad comunicativa refuerza y constituye el contacto sensorial con el mundo. Así lo afirma Johnson al enunciar que “la comunidad nos ayuda a interpretar y codificar muchos de los patrones aprendidos a través de la sensibilidad. Se convierten en modos culturales y compartidos de experiencia y contribuyen a determinar la naturaleza de la comprensión coherente y significativa de nuestro «mundo»²⁷. De manera recíproca, las percepciones fisiológicas y las estructuras del lenguaje se conectan y determinan para dar como resultado el entramado conceptual con el que los seres humanos entienden su mundo. Existe una propensión a establecer ciertas metáforas espaciales y ontológicas que poseen una correspondencia inminente con la forma como está constituido el cuerpo humano. Por ejemplo, que los ojos proporcionen un campo de visión que apunte hacia una sola dirección (por estar en una única parte de la cabeza) proporciona un fundamento fisiológico para la idea de “adelante” y “atrás”, y todo lo que de allí se desprenda.

Para Lakoff y Johnson, las metáforas no pueden concebirse ni representarse adecuadamente al ignorar la experiencia humana que las fundamenta²⁸. La constitución corporal participa en la constitución del sistema conceptual de los hablantes de un lenguaje, interactuando con los patrones

²⁶ *Ibid.*, p. 206.

²⁷ Johnson, Mark: *Op. Cit.*, p.65.

²⁸ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 52.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.
culturales, lingüísticos y relacionales. Así, el lenguaje no modifica la constitución física de sus poseedores, sino que permite la conjunción de las características fisiológicas (cerebrales) y el lenguaje, en pro de un sistema extendido²⁹.

Clive Cazeaux, en su texto *Metaphor and Continental Philosophy*, sigue a Bachelard y a Heidegger para afirmar que “se configura el encuentro entre el sujeto y el mundo como una apertura, lo que quiere decir que sujeto y mundo se conocen el uno al otro no como dos componentes preformados, sino como entidades que adquieren su ser a través de la mutua participación en y como una apertura”³⁰.

4.-La metáfora epistémica

El estudio del lenguaje como aproximación al estudio de la realidad o la verdad es un tema ampliamente discutido desde la filosofía. antigua. En el *Peri Hermeneias*, ya se afirma que “las palabras habladas son símbolos del pensamiento y las palabras escritas lo son de las palabras (...) Pero los pensamientos de los que estas palabras son primariamente signos son los mismos para todos, como lo son también las cosas de las que los pensamientos son semejanzas”³¹. Desde entonces se conserva la idea de que un análisis profundo del lenguaje conducirá de forma certera a conclusiones sobre la realidad, siendo este (el lenguaje) un espejo isomórfico.

A partir de las *Investigaciones filosóficas*, de Wittgenstein, el concepto de lenguaje como expresión del pensamiento se modificó. Las nociones de “aires de familia” y “juegos del lenguaje” se convirtieron en protagonistas dentro del campo de los estudios filosóficos y se adoptó la idea del lenguaje como vehículo del pensamiento, como su prótesis, y no ya como su traducción. La dupla lenguaje-pensamiento como una pareja que se constituye simultáneamente para dar sentido a la realidad es lo que permitió a varios autores hacer afirmaciones sobre la metáfora y las implicaciones

²⁹ Blanco, Antonio, *Op. Cit.*, p. 268.

³⁰ Clive Cazeaux: *Metaphor and Continental Philosophy: From Kant to Derrida*, New York, Routledge, 2007, p. 150. La traducción es mía.

³¹ Aristóteles, *De Interpretatione*, 16a 3-8.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

que esta tiene en la aprehensión del mundo. Una concepción analítica impediría tales consideraciones al tomar al lenguaje como una estructura refleja del mundo y no como un elemento modificador.

De aquí que la definición de metáfora aborde el plano conceptual. Para Lakoff y Johnson, las relaciones metafóricas se presentan con mucha menos modestia de lo que lo hacían para Aristóteles. En los trabajos del Estagirita, la metáfora era poco más que una analogía “refinada”, a diferencia de los trabajos contemporáneos donde se constituye en un lugar teórico central. “La metáfora, más que la *traslación de un nombre* extraño consiste en una *aplicación intencionada* de un término a otra realidad en función de sus similitudes”³².

La introducción de la metáfora como forma plausible de aprehender el mundo posee algunas implicaciones en lo que se entiende por verdad y por conocimiento. “Conocer ya no es tomar conciencia de una imagen procedente de la realidad exterior, pero tampoco es una creación metafísica”³³, entendiéndose como metafísica un conjunto conceptual desprendido completamente del mundo sensible. La aproximación al conocimiento como el develar de las cosas de forma objetiva se ve cuestionada por la aparición de la metáfora como forma de componer el sentido.

El déficit del lenguaje es propicio para la inserción de la metáfora como forma de conceptualizar nociones abstractas y se presenta como una herramienta para explicar la experiencia humana. Desterrar la metáfora del campo de la comprensión implica, necesariamente, la adopción de una postura objetivista que prescribe que los significados son una propiedad natural de los fenómenos conocidos. En este caso, los ejemplos enumerados por Lakoff y Johnson en su libro —de los cuales se he hecho una selección aquí referida— son casos de homonimia. La homonimia se refiere a las circunstancias en las que la misma etimología se refiere a dos palabras diferentes. De este modo el “atacar un castillo” o “atacar un argumento” no es más que uno de esos casos, donde la palabra “atacar” de cada oración no es la misma: así sucede con la palabra “banco” en las oraciones “me senté en los bancos del parque”, “el barco pasó junto a un banco de peces” o “deposité mi dinero en ese banco”. Aceptar la homonimia es negar toda la ejemplificación sistemática que Lakoff y Johnson registran con respecto a la relación conceptual entre las nociones metafóricas, asegurando que todas ellas son simples accidentes de la lengua.

³² Vega, Margarita, *Op. Cit.*, p. 233.

³³ Arce, José Luís, *Op. Cit.*, p.116.

La tranquilidad que proporciona el sistema objetivista recae en que es posible hacer predicciones a partir de modelos conocidos que permanecen igual a lo largo del tiempo, noción válida y aplicable sobretodo para el campo de las ciencias fácticas, pero Lakoff y Johnson señalan que no puede ignorarse la carga que la acción humana ejerce sobre estos modelos, afirmando que entender siempre implica una experiencia de lo entendido.

Consideramos la metáfora como algo esencial a la comprensión humana y como un mecanismo para crear nuevo significado y nuevas realidades en nuestras vidas. Esto nos enfrenta con la mayor parte de la tradición filosófica occidental que ha considerado la metáfora como un agente del subjetivismo y, en consecuencia, como subversiva en la búsqueda de la verdad absoluta³⁴.

Lo que refiere nuevamente a una visión objetivista del lenguaje. Es importante dejar en claro que la renuncia de la postura objetivista no implica el adoptar una concepción solipsista del mundo. Wittgenstein, en las *Investigaciones Filosóficas*, aclara cómo es imposible concebir un lenguaje privado, por lo que la comunicación de una experiencia amerita necesariamente una puesta en común dentro de un sistema de significados compartidos. La objetividad conserva su característica de desapego a las percepciones individuales, pero abandona su aspiración a ser universalizable. Es posible referirse a lo objetivo, siempre dentro de un marco conceptual específico, fuertemente influenciado por factores culturales.

Para Lakoff y Johnson, el contexto es parte indivisible del significado. Resultaría artificioso estudiar las palabras de forma aislada y ni siquiera sería suficiente comprenderlas dentro de las reglas de la gramática o la lógica formal. Para los autores, es imperante considerar el ambiente en el que la comunicación posee alguna significación. De aquí que “cuando hablamos de significado de una oración es siempre el significado de la oración para alguien”³⁵. La verdad, entonces, se basa en la comprensión y no es independiente de ella. Las metáforas y su significación son empíricas: dependen de la experiencia corporal, de las interacciones físicas, de las prácticas sociales y de las culturales.

³⁴ Lakoff, George y Johnson, *Op. Cit.*, p. 226.

³⁵ *Ibid.*, p. 215.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

Conjuntamente, “experimentamos muchas cosas a través de la vista y el tacto como si poseyeran inequívocas fronteras, y, cuando las cosas no tienen límites claros, a menudo proyectamos límites sobre ellas, conceptualizándolas”³⁶. La experiencia cotidiana está cargada de razonamientos culturales y lingüísticos que la ordenan y le confieren características que las hacen manejables para los seres humanos. Como ya se ha explicado, su presencia no es absolutamente restrictiva, pero tampoco es inadvertida.

Nociones de linealidad, causalidad, continuidad... pertenecen de manera primaria a las características lingüísticas y no físicas de los humanos:

...dado que hablamos en orden lineal, tenemos constantemente que elegir qué palabra vamos a poner primero. Ante una elección entre *arriba y abajo* y *abajo y arriba* automáticamente elegimos *arriba y abajo* (...) Puesto que ‘Más cerca es primero’ forma parte de nuestro sistema conceptual, situamos la palabra cuyo significado está ‘más cerca’ (a saber, ‘arriba’) en ‘primera’ posición³⁷.

El lenguaje se presenta, entonces, como el factor aglutinante que proporciona la consistencia necesaria al pensamiento para que pueda ser utilizado. Aun cuando se admita la existencia de un sustrato fisiológico, el lenguaje se presenta como la constitución ordenada y con sentido de estas percepciones que constituyen el pensamiento y se derivan en comportamiento. Se considera que lenguaje y pensamiento actúan conjuntamente y no que uno (el lenguaje) es traducción y expresión del otro preexistente.

A partir de esto puede concluirse, una vez más, la imposibilidad de un lenguaje privado. El empleo solipsista de una palabra no constituye ningún significado. Es imperante la aparición de una comunidad de habla que legitime los diferentes empleos de un término para que este forme parte efectivo de las dinámicas de la significación. No existe un referente privilegiado al que se pueda acceder conociendo lo referido, sino una construcción intersubjetiva que se sustenta en el uso coordinado de los hablantes

³⁶ *Ibid.*, p. 93.

³⁷ *Ibid.*, p. 167.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

Si estos tres elementos —pensamiento, lenguaje y mundo— están intrínsecamente conectados, es posible concluir que comprender la metáfora es, entonces, aproximarse a la manera como los hablantes aprehenden el mundo: no se trata de una figura meramente literaria, sino de una epistemología.

Una palabra no solo señala un fenómeno del mundo. Una palabra es su uso dentro de una comunidad de habla, es mutable, sus relaciones son contingentes y es por eso que puede ser metafórico. La metáfora se emplea como la producción explícita de una asociación entre dos conjuntos semánticos que, al igual que el resto de las significaciones, encontrará su referente en el uso que los hablantes hacen de ella. De una metáfora inicial es posible que se desprendan otras que se apalanquen en esta relación y genere toda una red de significados, perteneciente a cada comunidad de habla. “La metáfora se construye dentro del sistema conceptual de la cultura en que uno vive”³⁸, por lo que una metáfora desterritorializada se acerca al absurdo, siendo esta capacidad de anidarse en la cultura lo que permite el surgimiento de nuevas metáforas y el abandono de otras.

De este modo las metáforas salen del ámbito meramente literario y se integran como elementos epistémicos. Los conceptos abstractos, que no pueden independizarse de sus relaciones metafóricas sin quedar vaciados de significado, establecen un entramado de sentido que funciona como andamiaje para la construcción de la realidad. De la idea de Lakoff y Johnson se desprende que la forma cómo los hablantes se relacionan con su entorno está influenciada por las metáforas que explícita o implícitamente aceptan sobre los conceptos que manejan. La percepción está mediada por estas relaciones que, a su vez, se construyen bajo una importante influencia cultural y biológica. Entender y aceptar la influencia de la metáfora no es, como ya se ha expresado, prescindir de los demás elementos constitutivos: la percepción no es únicamente producto de las estructuras lingüísticas ni se limita a la estimulación sensorial.

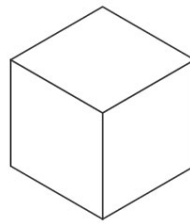
A partir de aquí que tampoco pueda alegarse una referencia universal. La metáfora atenta contra la concepción analítica que buscaba expresar con las palabras unas ideas preconstituidas e inamovibles. La metáfora se inserta en un estudio del lenguaje que atiende a los postulados de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein, donde los significados vienen dados por los usos y las

³⁸ *Ibid.*, p. 98.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

formas de vida. Si el empleo de una palabra constituye su significado y, a su vez, son en gran medida metafóricos, entonces significado y metáfora tienden a equipararse. Es por esto por lo que, siguiendo lo dicho por Lakoff y Johnson, es necesario abandonar una postura objetivista que busque una verdad inmutable, absoluta y universal, incompatible con la contingencia metafórica. Esta concepción de la metáfora exige que se admita una verdad cargada de humanidad, que no trasciende, sino que se (re)construye con el hacer de los hablantes. Desde esta perspectiva, la verdad nunca es un hallazgo aislado, sino que es, entonces, comunitaria, pública y social.

En el apartado XI de la segunda parte de las *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein presenta el ejemplo de una ilustración en un libro de texto (Figura 1) y de cómo el estar sujeta a diferentes interpretaciones modifica la forma como es percibida. De este modo, se habla cada vez de algo distinto: una vez, de un cubo de vidrio; otra vez de una caja abierta vuelta boca abajo; otra, de un armazón de alambre que tiene esta forma; otra, de tres tablas que forman un ángulo. El texto interpreta cada vez la ilustración. Pero también podemos *ver* la ilustración unas veces como una cosa, otras veces como otras. —O sea que la interpretamos, y la *vemos* tal y como la *interpretamos*³⁹.



(Figura 1)

Lo que se pretende destacar no es únicamente la manera como los hablantes hacen referencia a los hechos, sino como eso trae distintas implicaciones con respecto a su desenvolvimiento dentro de estas situaciones. Desde esta visión de la metáfora y del lenguaje en general, las repercusiones vienen dadas por el hecho de que los hablantes actúan en concordancia con la forma como conciben las cosas y esto, a su vez, está determinado en gran medida por el uso lingüístico⁴⁰.

Las suposiciones implícitas que cada relación conceptual genera configuran la forma como se organiza el mundo y, sobre esa base, se toman las decisiones. Las ideas más fundamentales —el

³⁹ Ludwig Wittgenstein: *Philosophical Investigations*, New York, Macmillan, 1953, section XI, p. 193. La traducción es mía

⁴⁰ Lakoff, George y Johnson, Mark, *Op. Cit.*, p. 38.

DEBORAH RODRÍGUEZ R.

tiempo, el espacio, la memoria, la identidad— se presentan como estructuras sostenidas sobre esquemas lingüísticos, donde modificaciones conceptuales modifican también las formas de percepción. Las acciones de los humanos se desarrollan bajo este esquema, abierto a la constante modificación, a la contingencia de los usos. Será necesario renunciar al mito objetivista y subjetivista, pensar la metáfora como una estructura transversal y comunitaria.

Es por eso que la comprensión metafórica no es accesoría. Al partir de lo propuesto por Lakoff y Johnson, el papel que la metáfora juega en la vida cotidiana se vuelve fundamental. Su comprensión implica entender la forma como se estructura la realidad de los hablantes: es saber cómo se usa una palabra y, por lo tanto, qué significa. Estas asociaciones se establecen con el ejercicio continuo de los hablantes quienes viven la renovación constante de los conceptos con los cuales aprehenden su realidad. De este modo, el mundo se convierte en una edificación lingüística, donde la metáfora representa un lugar para vivir: un hábitat.

5.- Conclusiones

Para G. Lakoff y M. Johnson, la metáfora posee un papel protagónico, no solo en los estudios sobre el lenguaje sino en la forma cómo los hablantes conciben su realidad. Desde el pensamiento de estos autores, las metáforas estructuran la percepción y, de este modo, influyen en la concepción de la verdad, el pensamiento y el mundo.

De la lectura de *Metáforas de la vida cotidiana*, se entiende que la principal función de la metáfora es la comprensión. Por eso, la metáfora es el producto de un proceso de *mapping* donde las características de un evento sensorial más fácil de aprehender son heredadas por un concepto abstracto que no posee un referente sensorial directo a fin de que este último sea comprensible. La metáfora es esa “negociación” de significado, fundamentada en las dinámicas de uso y los referentes comunes que posean los hablantes de las comunidades donde se origina. Todo este entramado de relaciones subyace al aprender y hacer uso de un lenguaje. Entonces, la metáfora no solo es capaz de

DEBORAH RODRÍGUEZ R.
estructurar el pensamiento y la percepción, sino que, a su vez, generan comportamientos que se corresponden con ellas y las mantienen vigentes.

A partir de aquí que sea posible considerar que los conceptos más arraigados, esos que se consideran intuitivos y ajenos, de pronto muestran su dimensión humana y contingente, intrínsecamente ligada a la construcción gramatical. Para esta concepción de la metáfora las estructuras epistemológicas son en gran medida lingüísticas. De este modo “los seres humanos no solo usamos el lenguaje, en realidad habitamos dentro de él”⁴¹.

⁴¹ Carlos Scolari: *Hacer clic: hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 72.